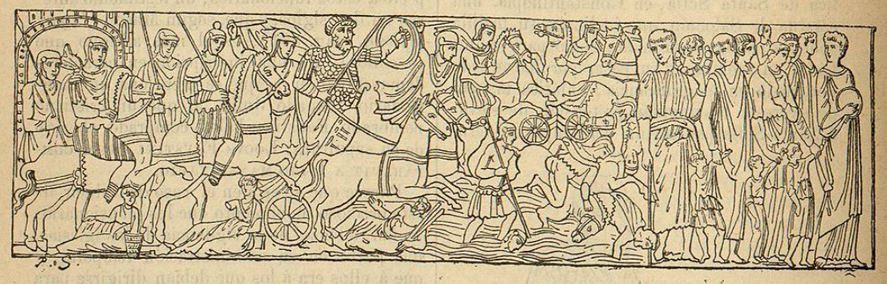
algunos sarcófagos de Italia y de la Galia. La salida de Egipto, que libertaba á los Hebreos del furor de Faraón, era, á los ojos de los primeros cristianos, la figura de la redención, por la cual los hombres se han libertado del poder del demonio; la fe nos dirige hacia el Paraíso, como el Mesías condujo el pueblo de Dios á la tierra prometida (Greg. Nyss. *Hom.* III. *In Cant.*—Chrysost. *Hom. ad neophyt.*). La persecución de Faraón expresa alegóricamente los esfuerzos del enemigo del hombre para detenerle en el camino de la salvación (Augustin. *Serm.* XC. *De temp.*). El paso del mar Rojo era la figura del bautismo; esta es la doctrina de todos los Padres, que se encuentra resumida en esta única frase de San Agustín: *Per mare transitus baptismus est* (*Serm.* CCCLII.), y que se remonta hasta San Pablo (1, *Cor.*, X, 2): *Omnes in Moyse baptizati sunt in nube et in mari*, « todos han sido bautizados bajo la dirección de Moisés, en la nube y en el mar »

Las diversas representaciones del paso del mar Rojo toman ordinariamente la narración bíblica en el momento en que los Israelitas, después de haber atravesado las olas á pie enjuto, se encuentran seguros en la orilla, y en el que las aguas vuelven á unirse para sumergir á los Egipcios. Algunas veces esta representación es abreviada, reducida á los más sencillos términos; sucede esto, sobre todo, cuando en el mismo monumento se asocia con otros hechos del Antiguo y del Nuevo Testamento, como, por ejemplo, en un sarcófago del cementerio del Vaticano (véase Bottari, tav. XL). Faraón, con la lanza en la mano, de pie sobre una cuadriga á la manera de los Griegos, ya casi sumergido en las aguas, sobre las cuales se ven algunas cabezas de Egipcios; Moisés, en la orilla opuesta, extendiendo su vara sobre el mar; detrás de él, un hombre y un niño que representan la multitud israelita: he aquí á lo que se reduce este cuadro.

Pero otras urnas sepulcrales (véase Bottari, tav. CXCIV.—Millin. *Midi de la Fr.*, pl. LXVII) ofrecen esta imponente escena con más detalles: ocupa su cara anterior en toda su extensión. Se ven allí los Hebreos, en completa seguridad, cargados con sus equipajes, llevando sus hijos en sus hombros ó conduciéndolos de la mano, mientras que Moisés, siempre de pie á orillas del mar, parece proteger su marcha. Una horrible confusión reina entre los Egipcios, que ruedan por tierra ó en las olas, mezclados con sus caballos y sus carros. Detrás de ellos, pero á lo lejos, se divisan las murallas de una ciudad que es, ó Ramesés, de donde los Egipcios habían partido, ó Phiahirot, último lugar del campamento del pueblo de Dios (he aquí la urna de Arlés).



Millin publica un sarcófago de Aix (*Midi de la Fr.*, pl. L, y en el museo de esta ciudad), en el que están trazadas algunas circunstancias anteriores y posteriores al hecho principal. El lado de la izquierda, con relación al espectador, presenta á Faraón sobre un trono, anunciando á Moisés su resolución de dejar partir á su pueblo; y el legislador, vuelto hacia los Israelitas que están á la puerta del palacio, les enseña un volumen arrollado donde, sin duda, está escrito el decreto de libertad. Esta última circunstancia, que no carece de interés, no ha sido hasta aquí, que sepamos, señalada por nadie. A los pies de Moisés se ven un niño, un perro y algunos otros animales domésticos, para indicar el derecho que se ha concedido á los descendientes de Jacob, de llevarse sus hijos y sus ganados (*Éxod.*, XI, 31).

En la parte principal se desarrolla, casi como en los monumentos de que acabamos de hablar, la escena de la libertad de Israel y de la destrucción de los Egipcios. Entre los personajes que huyen con sus hijos y sus bagajes, se nota uno que lleva, arrollado alrededor de su cuello, como una especie de gola, un manto donde, según la orden de Moisés (*Éxod.*, XII, 34), iba conservada la harina amasada y sin fermentar.

En la parte inferior del bajo relieve, debe observarse una mujer acostada, con el codo apoyado sobre una cesta de frutos: es la representación alegórica del Egipto, tal como se ve en las medallas (Oisel *Numism. ant.*, XXXIII, 10, *ap. Millin*, *loc. laud.*) y en las piedras grabadas (Gori. *Gemm. mus. Florent.*, II, 52). Más lejos está un anciano, acostado igual-

mente y vaciando el agua de una urna invertida: es la personificación del mar Rojo, según las ideas antiguas. En la extremidad derecha de la cara anterior del sarcófago, hay una mujer que golpea un tambor con una varita: no es difícil reconocer en ella la profetisa María, hermana de Aarón, que entona el cántico de la libertad (*Éxod.*, XV, 20).

El lado derecho nos ofrece la continuación de la salida de Egipto. Está en primer término un israelita llevando sobre sus hombros el manto que guarda la pasta no fermentada; después Moisés presentando á una mujer un fruto que acaba de coger de un árbol, á cuyo pie se ve un niño que tiende la mano hacia esta misma mujer, y más al extremo un grupo de israelitas contemplando esta escena. Es de presumir que el artista ha querido expresar aquí la paz y la dicha que suceden á las persecuciones.

Tres sarcófagos de Arlés, dos en el museo y uno en San Trofino, reproducen *in extenso* y con ligeras diferencias de ejecución el paso del mar Rojo. Se nota en sus bajos relieves una particularidad curiosa: tal es la de que, antes del grupo de israelitas que acaban de pasar el mar Rojo, está figurada la columna luminosa que se reconoce por las llamas que coronan su capitel.

Ninguna pintura antigua del paso del mar Rojo ha llegado hasta nosotros. Es probable, sin embargo, que existió alguna hacia el siglo IV, porque se conservan en la biblioteca de la calle de Richelieu unos manuscritos griegos cuyas miniaturas, que representan este hecho milagroso, ofrecen una sorprendente analogía de composición con los sarcófagos de Arlés y de la villa Mattei de que hemos hablado: esto daría lugar á suponer la existencia anterior de un cuadro que habría servido de modelo á unos y otros (véase Millin, *op. laud.*, II, pág. 357).

Existe un mosáico del siglo V que figura también la historia de la redención del pueblo de Dios: es el arco triunfal de Santa María la Mayor (Ciampini. *Vetr. mon.*, LIX). Pero la escena está tomada en el momento mismo en que se verifica el paso, y no como en las urnas sepulcrales, cuando las aguas reunidas se tragan á los Egipcios. Se distingue en medio de las olas un ancho espacio abierto donde se desarrollan las largas columnas de los israelitas, y á cierta distancia los Egipcios saliendo de una ciudad y precipitándose detrás de sus antiguos esclavos.

MÁRTIRES (Número de los).—Si se quiere echar una ojeada sobre el abreviado cuadro que hemos trazado de las persecuciones (véase esta palabra), podrá formarse una idea de la innumerable multitud de víctimas que debieron ser inmoladas, durante tres siglos, por los enemigos de la fe cristiana. Se han encontrado, sin embargo, en los tiempos modernos, escritores que hayan impugnado como falso un hecho más brillante que el sol. El anglicano Dodwel, en particular, en una de sus disertaciones cipriánicas (*Append. ad opp. Cyprian.*, edit. Oxon., dissert. XI, pág. 65) se ha impuesto la imposible tarea de destruir, en el punto capital de nuestros orígenes, todos los elementos de la certeza histórica. Sus sofismas han sido reducidos á la nada por Dom Ruinart (*Præfat. ad. Act. sinc. MM.*, c. II), y la controversia apenas ha salido de los términos en que la dejara el sabio Benedictino.

Se comprende que las negaciones de Dodwel principalmente se refieren á los mártires anónimos, y que para disminuir su número, trata de procurarse un arma del silencio real ó supuesto de los documentos contemporáneos, ó también de la ausencia de estos documentos.

Es verdad que no tenemos todo lo que la antigüedad escribió sobre las primeras luchas de la Iglesia; la persecución de Diocleciano, que se llevó á cabo contra los libros no menos que contra las personas, debió de hacer desaparecer multitud de nombres y de actas de mártires, así como otras muchas fuentes preciosas para la historia eclesiástica. Prudencio deplora amargamente estas pérdidas en bellos versos que no podemos dispensarnos de dar á conocer al lector (*Peristeph.*, I, 74 seqq.):

O vetustatis silentis obsoleta oblivio!
Invidentur ista novis, fama et ipsa extinguitur
Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit,
Ne tenacibus libellis erudita secula
Ordinem, tempus, modumque passionis proditum,
Dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.

«¡Oh funesto olvido de la silenciosa antigüedad!¡Se nos arrebatan nuestros títulos, se quiere también apagarnos hasta la memoria! Un impío satélite ha destruido en otro tiempo nuestros anales, por temor de que los siglos, instruídos por libros fieles, no hicieran llegar, mediante una dulce tradición, á los oídos de la posteridad, el orden, el tiempo y la manera de ser de la pasión de nuestros héroes.»

Vemos que se trata aquí de las actas de los mártires destruídas por el envidioso furor de las persecuciones.

No es menos indudable que todo no fué escrito; los notarios apostólicos, á pesar de su celo y de su solicitud, se hallaron con frecuencia en la imposibilidad de tomar nota de los nombres de todos los mártires que los tiranos sacrificaban casi diariamente á millares, y lo más común en masas y sin ninguna formalidad jurídica, como dice Ruinart (*Adnot. in Euseb.*, página 316): *Quasi tumultuose et nulla observata juris formula.* Nuestro Mabillon, que, como se sabe, llevó casi hasta el exceso la severidad con motivo del culto de los Santos desconocidos (*De cultu sanctorum ignot. epist. ad Euseb. Roman.*, París, 1699, et edit. emendat. 1705), no tiene dificultad en confesar, no obstante, que « en los primeros tiempos, el número de los mártires era tan considerable, que fué con frecuencia imposible inscribir todos sus nombres en los calendarios, no sólo de las Iglesias extranjeras, sino tam-

bién de los lugares donde ellos habían sufrido el martirio» (*Iter. Ital.*, pág. 139).

Y conviene admitir esta explicación de las lagunas y de la insuficiencia de nuestros anales primitivos. De otro modo, como nadie, por ejemplo, nos ha transmitido los nombres de las víctimas de la persecución de Nerón, habría derecho para negar sus horribles é incalculables asesinatos, sobre los cuales tenemos, sin embargo, el testimonio, no sospechoso, de autores paganos, tales como Tácito (*Annal.*, XV, 44), Suetonio (*In Neron.*, XXXVIII) y Juvenal (*Satyr.*, I, vers. 155). Así sucede con la persecución de Domiciano, cuyo único historiador es, por decirlo así, el pagano Brucio (Cf. Mamachi. *Orig.*, I, pág. 425), y con la de Trajano, cuyos mártires no son nombrados, ni por Plinio, que los hizo arrastrar al suplicio, ni por ningún otro escritor (Plinio. *Epist.*, lib. X, ep. 97).

La violencia de las persecuciones, los peligros de todas clases á través de los cuales debían pasar los cristianos ocupados en las piadosas atenciones de las sepulturas de sus hermanos destruidos por tanto género de suplicios, y la precipitación que necesariamente caracterizaba de continuo este santo ministerio, explican bastante también, cómo un número tan grande de esas tumbas sagradas no llevan su nombre ni inscripción alguna. Se contentaban con trazar en ellas, de prisa, algún signo simbólico ó simplemente mnemónico, cuyo sentido ha quedado con frecuencia obscuro para la posteridad.

Pero no estamos reducidos únicamente á estos argumentos negativos; las pruebas positivas del inmenso número de mártires abundan de tal modo en nuestros escritores primitivos, que sería imposible y superfluo citarlos aquí. Debe recordarse, en primer término, que Tácito (*Annal.*, XV, 44) aplicaba ya á aquellos que, bajo Nerón, fueron convencidos de su odio al género humano, es decir, de cristianismo, y castigados como tales, la expresión no equívoca de *ingens multitudo*. En la imposibilidad de precisar nada, la mayor parte de los Padres y de los historiadores enuncian el hecho de una manera concisa, y no hay uno solo que no se sirva de la palabra *innumerable* para designar la multitud de los héroes de la fe. A propósito de los mártires de Lyón, San Gregorio de Tours (*Hist. Franc.*, l. I, c. 27) hace la apreciación siguiente: «Allí (en Lyón) fueron degollados tan gran número de cristianos por la confesión del nombre del Señor, que ríos de sangre cristiana corrían en las plazas públicas; de tal modo que no hemos podido recoger *ni el número ni los nombres* de las víctimas.» Bajo Diocleciano la persecución fué tan atroz en España, que los idólatras pudieron envanecerse un momento de haber destruído de raíz el cristianismo, y que quisieron eternizar el recuerdo de este pretendido triunfo trazando estas palabras en columnas de mármol, levantadas á la gloria del Emperador.....: NOMINE CHRISTIANORVM DELETO (Baron. *Ad an.*, 308, VIII).

Se encuentran en cada página de los historiadores eclesiásticos, frases tales como ésta, escrita por Eusebio con motivo de la persecución de Antonino Pío, ó más bien quizás de Marco Aurelio (*Hist. eccl.*, V. 1): «Mártires en número casi infinito, *infiniti prope martyres*, aun en las otras partes del universo, fueron engrandecidos por una generosa muerte sufrida por Jesucristo»; y la de Severo (idem, V, 5): «El ardor de la persecución se inflamaba tan fuertemente de día en día, que cristianos, en número casi infinito, *fere infiniti*, eran honrados con la corona del martirio.»

Nos abstenemos de hablar aquí de Roma, foco principal de la persecución: «Difícil sería decir cuán llena está Roma de cuerpos de mártires, y cuán rico es su suelo en sagrados sepulcros.» Estas palabras son de Prudencio, autor casi contemporáneo (*Peristeph. S. Laurent.*). Dice en otra parte (*S. Hipp.*): «Hemos visto innumerables restos de Santos en la ciudad de Rómulo..... Pero si vos me preguntáis los nombres..... me es difícil decirlos; ¡tantos pueblos de justos fueron inmolados por un furor impío, cuando Roma la troyana adoraba los dioses de sus padres!»

Aquellos cuyos nombres ni cuyo número no pudieron conocerse, eran á veces designados en la historia, y aun en las actas, por ciertas frases ó expresiones de convención, como las siguientes que se leen en las actas de San Epipodio y de San Alejandro (*Ap. Bolland.*): «No están inscritos sino en el libro de la vida.» Se dió el nombre de *massa candida* á la multitud de mártires que fueron sacrificados en Utica y Zaragoza (Baron. *Ad ann.*, 261, 48, 49), y que el martirologio romano (III nov.) inscribe de esta manera: *Cæsaraugustæ, sanctorum* INNUMERABILIUM *martyrum*. Los mártires de la legión Tebana recibieron el nombre genérico de *legio felix* (Greg. Turon., l. I. *Mirac.*, c. 75).

Los martirologios facilitan datos más precisos y más explícitos, porque, además de esta legión de mártires *de nombre propio* que nos dan á conocer, registran mártires *innominados* por grupos de 10, de 50, de 100, de 1.000, etc. Vemos, en efecto, en el martirologio occidental de San Jerónimo, la mención de 30 (I januar.), de 46 (*Ap. Baron.*), de 120 (XXV oct.), de 270 (I jul.), y aun de 300 (XXII dec.) y de 3.000 (XXII dec.) fieles que, habiendo sufrido generosamente el martirio, no han dejado en este mundo ninguna huella de su nombre. Pero se encuentra un número infinitamente más considerable todavía en el martirologio romano; el lector puede ver en Boldetti (pág. 107) una muy curiosa enumeración que sería difícil publicar aquí. Hay números de 70, de 165, de

262, de 900 (III dec., X, aug. XVII, jun. I, mart.). En el 9 de Julio está indicado San Zenón con 10.230 mártires bajo Diocleciano, etc., etc.

Agreguemos que el catálogo de los óleos de Monza (véase el artículo *Óleos santos*) dice en dos lugares: ALII SCI MVLTA MILIA (*sic*) — y en otras partes el número CCLXII-CXXII, etc.

Sabemos que los contradictores conceden poco valor á la autoridad de los martirologios. Pero sin hablar del respeto que se debe á nombres tales como los de Eusebio y San Jerónimo, ni de la confianza que merecen trabajos hagiológicos compuestos en vista de los mas antiguos calendarios y de otros documentos de los que algunos se han perdido, fáltanos exponer una prueba más especialmente arqueológica y que presta un apoyo no menos decisivo que inesperado á las nomenclaturas de los martirologios, á los relatos de los historiadores, y á las someras afirmaciones de los Padres de la Iglesia.

Se ha encontrado en las catacumbas cierto número de inscripciones acompañadas de notas numéricas. Boldetti, entre otros (págs. 79 y 83), publica dos, una del año 107, la otra del año 204, fechas marcadas por los cónsules, y que llevan las cifras XXX y XL. Ni este anticuario, ni el P. Lupi, ni Muratori, que han reproducido estos epitafios, han observado esta circunstancia. Aringhi (I, 495), Mabillon (*It. Ital.*, 546), y Fabretti (546, n. VI.), que ha publicado él mismo una inscripción con la cifra X, son los primeros que la han tenido en cuenta; pero tomaron estas cifras como simples números de orden de las sepulturas. Pietro Visconti sospechó (*Sposizione d'alcune ant. iscr. crist.* Roma, 1324) que debían tener otra importancia y otro distinto alcance muy glorioso para la religión y la ciencia. Fué inducido á esta conjetura por un pasaje de Prudencio (*Peristeph.*, himn. XI) en el cual este poeta, después de haber hablado de los innumerables cuerpos santos que encierran los cementerios romanos, y de las inscripciones que se leen en muchos *loculi*, agrega que un número muy grande de mármoles no contienen sino ligeras indicaciones en cifras:

Sunt et multa tamen tacitas claudentia tumbas
Marmora quæ solum significant numerum,

y que él mismo recuerda haber sabido que los restos de 60 hombres estaban reunidos en la misma sepultura, mártires obscuros, cuyos nombres sólo conoce Cristo:

Sexaginta illic defossa mole sub una
Relliquias memini me didicisse hominum
Quorum solus habet comperta vocabula Christus.

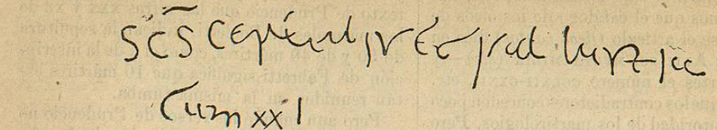
Este texto fué un rayo de luz que puso á Visconti en camino de una más exacta interpretación de las cifras de que se trata. Se equivoca, sin embargo, cuando se atribuye en esto la prioridad. Mamachi había ya sacado partido de esta prueba en favor de gran número de mártires (*Origin.*, I, pág. 460, not. 3 y 4). Como quiera que sea, es evidente por el texto de Prudencio que las cifras XXX y XL de los mármoles de Boldetti, indican la sepultura de 30 y de 40 mártires, como el X de la inscripción de Fabretti significa que 10 mártires están reunidos en la misma tumba.

Pero aun cuando los versos de Prudencio no hubiesen existido, la comprobación de las fechas por los consulados marcadas en estas piedras sepulcrales, hubiera bastado por sí sola para conducir á idéntico resultado. En efecto, la primera lleva los nombres de L. Licinio Surra y de C. Socio Senecion. Luego estos dos personajes eran cónsules en la época en que tenía lugar la persecución de Trajano. La segunda inscribe el consulado de L. Fabio Chilo Septimiano, que obtuvo los haces para la segunda vez con M. Annio Libon, en el tiempo en que Septimio Severo hacia condenar á muerte á todos los que se declaraban cristianos.

Se ve que estos monumentos epigráficos vienen á su vez á confirmar de una manera irrecusable la verdad de las persecuciones de Trajano y de Septimio Severo que Dom Ruinart (*Præf.*, III, 31) había establecido por las actas de San Ignacio, por la autoridad de Eusebio (*Hist. eccl.*, l. III, c. 36) y de Tertuliano (*Ad Scap.* et *Apolog.*, II), contra Dodwel, que había asegurado que después de Domiciano la Iglesia de Jesucristo disfrutó de una paz perfecta.

Gran número de otros mármoles con números han sido encontrados en las catacumbas (véase Boldetti, 435, 436); muchos han sido descuidados y perdidos á causa de la ignorancia en que se estaba respecto á la significación de estos signos, y las excavaciones descubren frecuentemente nuevos mármoles. Se podría, es cierto, objetar que si estas cifras indican un número determinado de cadáveres, no serían suficientes para formar un prejuicio relativo á la cualidad de las personas. Pero además de que el pasaje de Prudencio, citado más arriba, nos esclarece bastante el sentido que debemos darle, desaparece toda especie de duda en presencia de algunos epitafios en los cuales la cifra va seguida de la cualificación del mártir. Sin detenernos en las que cita Boldetti (página 233), y que son sospechosas para los sabios, daremos á conocer ésta que ha publicado Marini, y despues de él, Bottari (*R. S.*, l. II, pág. 173): *Locus martyrum* CCLXVIII, *in Christo*. Este epitafio estaba grabado en la base de una de las columnas de la antigua basílica vaticana, cuyo dibujo ha publicado Bottari (*l. l.*). Se ha encontrado debajo de la cripta de San Cornelio, en el cementerio de Calixto (véase De'Rossi. *Rom. sott. Crist.*, t. V, pág. 280 et tav. IV), una inscripción gráfica demostrando la presencia en este lugar de los cuerpos de los Santos Cerealis, Salustia y

de sus 20 compañeros mártires, á los cuales Santa Lucina reunió los restos de San Cornelio. He aquí el facsímile de esta inscripción, que es probablemente contemporánea de la



sepultura de estos mártires. Pero si es así, conviene suponer, ó que las iniciales SCS (*Santus*) que preceden al nombre de Cerealis, fueron agregadas más tarde, quizás por un *martyrarius* (véase esta palabra), ó que esta calificación de *santo* estaba ya en uso antes del siglo V, época á la cual se atribuyen ordinariamente las fórmulas (véase el artículo *Santo* (*Calificación de*). Debemos limitarnos á esta indicación sumaria de los principales hechos que prueban cuál fué la inmensa multitud de mártires con que fué coronada la Iglesia de Jesucristo durante los tres primeros siglos de su existencia.

Hemos dicho lo suficiente para hacer ver que ningún sofisma es capaz de arrebatarle esta aureola, que es una de sus glorias más puras y uno de los argumentos más sólidos en favor de su origen divino. El lector estudioso consultará con fruto, además del prefacio de Ruinart, la obra de Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*, t. I, pág. 459), y una sabia disertación de la colección de Zacarías (*Dissert. di stor. eccl.*, t. XI, pág. 1), etc., etc.

MARTIRIO.—En el siglo XVI el Papa Gregorio XIII hizo ejecutar por el Pomarancia, en el claustro de la iglesia de San Esteban el Redondo, en Roma, una serie de cuadros al fresco representando los principales suplicios de los mártires. Un jesuíta, el P. Michel, había sido el instigador de la medida, y el artista, falto de modelos antiguos, tomó sus tipos de los relatos y de las descripciones tan animadas de las *Actas de los Mártires*. Sin duda estas clases de representaciones no estaban en uso en los tiempos completamente primitivos del cristianismo; las catacumbas no ofrecen ejemplos de ellas. Pero para conseguir el mismo objeto, que era atraer el espíritu de las muchedumbres ignorantes é inspirarles el valor que pudieran necesitar en aquellos tiempos de persecución, en vez de los mismos suplicios de los mártires, ponían á sus ojos la representación de la constancia de los Santos de la antigua ley, como, por ejemplo, Daniel en la fosa de los leones, los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, etc. Como excepción, debemos citar un bello fresco del cementerio de Calixto recientemente descubierto, y en el que puede reconocerse un cristiano compareciendo delante del magistrado, que parece interrogarle y quizás condenarle. El magistrado, coronado de laurel, está de pie sobre un estrado, y el joven se mantiene en actitud arrogante al pie del tribunal. Otro personaje cerca de él lleva en sus manos objetos difíciles de distinguir y que probablemente son los instrumentos del sacrificio (véase De'Rossi. *Roma sott.*, t. II, tav. XXI). Se sabe que el mismo crucifijo, por razones que hemos dado en nuestro artículo especial sobre esta materia, no aparece en nuestros monumentos públicos sino á fines del siglo VI. Sin embargo, los tormentos de los héroes de la fe debieron de ser trazados á la vista de los fieles desde los tiempos que inmediatamente siguieron á las persecuciones. Tenemos un discurso de San Asterio, obispo de Amasea, en el siglo IV, sobre el martirio de Santa Eufemia, que no es más que la descripción detallada de pinturas que representaban su suplicio en una iglesia que había sido erigida en su honor (véase Ruinart, edit. Veron., pág. 431). Nada es más curioso que esta descripción, en la que el santo obispo se esfuerza en luchar con el mismo artista por la viveza de los colores: *Neque enim*, dice, *nos musarum alumni pejores pictoribus colores habemus*. «Nosotros, discípulos de las musas, no tenemos colores menos notables que los de los pintores.» También nos quedan himnos del poeta Prudencio (*Peristeph.*, IX y XI) que contienen, con el panegírico de San Casiano y de San Hipólito, la descripción de cuadros que representaban su martirio, en sus iglesias de Roma y de Imola.

San Gregorio de Nyssa (*Opp.*, t. II, pág. 1011. París, 1615) celebra en uno de sus discursos el martirio de San Teodoro, pintado en las paredes de una iglesia que le estaba dedicada. La elocuencia de San Basilio (*Opp.*, t. I, página 515. París, 1618) recomienda á los artistas cristianos de la misma época el martirio de San Barlaam como un asunto digno de su talento y como un adorno concerniente á su iglesia.

Asuntos de esta naturaleza estaban trazados también con frecuencia en alhajas y otros objetos portátiles. Se conocen un camafeo y un medallón de plomo que reproducen muy vivamente el martirio de San Lorenzo (véase Lupi. *Dissert. e lett.*, t. I, páginas 192 y 197, y nuestro artículo *Alma*).— El suplicio de San Juan delante de la Puerta Latina estaba representado con todos sus detalles en el mosáico del pórtico de San Juan de Letrán (Ciampini. *De sacr. ædif.*, tav. II, 8), del cual varias partes

estaban muy deterioradas cuando Ciampini lo copió. Vemos la matanza de los Santos Inocentes en un sarcófago de la cripta de San Maximino, en un díptico de Milán (Bugati. *Mem. di S. Celso*, in fin.), en otro publicado por M. Rigollot, y por último en el mosáico del arco triunfal de Santa María la Mayor (Ciampini. *Vet. mon.*, t. I, tab. XLIX), monumentos de principios del siglo V (véase el grabado del artículo *Santos Inocentes*).

Por último, se han descubierto muy recientemente (1875) en la basílica subterránea de Santa Petronila, en el cementerio de Domitila, dos columnas de *ciborium*, en las cuales está representado en bajo relieve el martirio de los Santos Nereo y Aquiles. La escultura es del siglo IV. He aquí la reprodución de aquella de las dos columnas que se conserva mejor: su atribución está fuera de duda, porque la escena está coronada con el nombre de Aquiles, ACILLEVS, grabado en el fuste.

He aquí lo suficiente para probar que las representaciones de martirios no se oponían en nada al espíritu esencial del cristianismo, y que el temor impuesto á la Iglesia por las persecuciones fué la única causa que evitó el que se reprodujesen más pronto. Quizás los frescos de San Esteban el Redondo, por la acumulación de tantas atrocidades, pudiesen indignar la delicadeza de las épocas de decadencia; pero el espectáculo de la constancia de nuestros padres en medio de esos extraordinarios tormentos ¿no es también motivo bastante para reanimar y mantener en los corazones esta santa energía que engendra las virtudes varoniles, y sostiene al hombre en el combate de la vida, á cuyo final brilla la corona de los valientes?

La obra del Pomarancia fué grabada por Tempesta para servir de ilustración al tratado de Gallonio sobre los tormentos de los mártires (Roma, 1591); estas láminas han sido reproducidas en el tercer volumen de la gran obra de Mamachi (*Origin. et antiq. Christ.*), y también en el segundo volumen de su pequeño tratado (*Dei costumi de' primit. Christ.*, á contar desde la página 232). Lo mejor que haría el lector para tener una idea de los tormentos de los mártires de la fe, sería recorrer esas láminas. Para aquellos que no pudiesen facilitarselas, vamos á trazar un rápido cuadro de los principales géneros de suplicio que contra ellos inventó el terrible genio de la intolerancia y de la persecución.

1.° *Eran suspendidos de diferentes maneras*: unos sobre la cruz derecha, á ejemplo del mismo Salvador, como San Simeón, obispo de Jerusalén (Euseb. *Hist. eccl.*, III, 32); otros sobre la cruz invertida, como San Pedro (Orig. ap. Euseb., ibid., I). Este suplicio era muy común y ejecutado de distintos modos. Las matronas Sinforosa y Teonila fueron suspendidas por los cabellos (Ruinart., edit. Veron., página 235), y Gorgonio y Doroteo, por el cuello (Euseb., VIII, 6). Eusebio (ibid., 9) habla de mártires colgados por un pie. Varios mártires de la Tebaida fueron suspendidos por los pies de dos árboles colocados á cierta distancia uno del otro, violentamente doblados por su extremidad, y sujetos en esta posición por cuerdas; en un momento dado se cortaban las cuerdas, enderezábanse los dos árboles, y el paciente se encontraba descuartizado (Euseb., ibid.). Según una tradición consignada en la leyenda de San Marcelo de Chalons en el breviario lionés (3 sept.), este mártir habría sufrido dicho suplicio antes de consumar su sacrificio, en 179, bajo Marco Aurelio. Otros eran colgados por las muñecas con un enorme peso á los pies: ejemplo el lector Mariano (Ruin., pág. 341).

2.° *Atormentados y apaleados*. Había el suplicio del caballete, expresado en las actas por las palabras *equuleo suspendi*, ó *tendi in rotis* (Ruin., *passim*): este era el tormento preliminar, y comúnmente venían después las antorchas ardiendo que se aplicaban sucesivamente á todos los miembros, *lampades flammantes*, *candelæ ardentes*. San Teodoro fué estirado con ayuda de cuerdas en un aparato fijo en tierra, alargándose su cuerpo hasta ocho pies, *funibus et trocleis extensus* (Ruin, 517). San Víctor fué triturado bajo una piedra de molino (ídem, 262). El suplicio del *nervio hasta el quinto agujero:* este instrumento de tortura era llamado así, porque con el auxilio de nervios se estiraban violentamente y se ajustaban los pies del paciente vueltos sobre su espalda, en agujeros cada vez más distanciados, hasta que esta tensión traía la muerte por la ruptura del vientre. Se ha encontrado en Pompeya un *nervus* propio para recibir 10 condenados á la vez. Varios de los 48 mártires de Lyón perecieron en este suplicio (Ruin., 55), hasta el séptimo agujero, según la traducción de Rufino, y hasta el quinto, según el texto griego de la carta de las Iglesias de Lyón y de Viena. Este parece haber sido el máximum. Orígenes lo sufrió hasta el cuarto agujero á la edad casi de setenta años (Euseb., VI, 39). Leemos en